

Kevin Legrá

El precio de un ideal



KEVIN LEGRÁ

El precio de un ideal

Galaxia Gutenberg



Ayuntamiento de Málaga
Área de Cultura

Esta novela fue galardonada con el XVIII Premio Málaga de Novela, concedido el 18 de diciembre de 2024 en la sede del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga. Formaron parte del jurado Pilar Adón, Ana Cabello, Luis Alberto de Cuenca, Antonio Soler, Alfredo Taján y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2025

© Kevin Legrá, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 6740-2025
ISBN: 978-84-19738-16-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A la memoria de Orestes Rivero La Rosa,
y a su esposa, Luz Marina Mariño (Monina)*

*Para Gabriel Calante,
cuya alma corre libre por los bosques de Noruega*

Nota del autor

Muchos de los episodios narrados en este libro forman parte de una exhaustiva investigación histórica y están basados en documentos, ensayos y testimonios de varias personas. Tal es el caso de «Yo soy el número 76», un vívido testimonio de Orestes Rivero, nunca antes publicado y, por tanto, inédito, sobre las horrorosas UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción), unos campos de trabajo militar implantados en Cuba entre los años 1965 y 1968, a los que destinaban a homosexuales, practicantes religiosos, artistas, intelectuales y disidentes. Mi investigación me condujo al excelente ensayo de Abel Sierra Madero, titulado *El cuerpo nunca olvida: trabajo forzado, hombre nuevo y memoria en Cuba (1959-1980)*, el cual me sirvió de gran ayuda para construir la base de esta historia y, además, verificar muchos datos contenidos en el testimonio. Igualmente, en el libro presento fragmentos de discursos de Fidel Castro, del arzobispo Pedro Meurice, de cartas del papa Juan XXIII dirigidas al pueblo de Cuba; todos ellos, debidamente señalados y que, por respeto, mantuve intactos.

Sin embargo, dado que se trata de una novela, algunos de los acontecimientos históricos han sido sometidos a un desarrollo dramático para crear una historia interesante y fluida que brinde al lector una experiencia agradable. De esta manera, decidí rodear a mi protagonista

de personajes y situaciones ficticias, especialmente en lo que respecta a su vida privada y a su familia. No obstante, algunos de los hechos relacionados con su paso por las UMAP y acontecimientos posteriores a su salida muy bien podrían haberle ocurrido realmente a cualquier joven de la época, aunque en este caso, no a mi personaje, quien, en realidad, tuvo más suerte que otros que, desafortunadamente, cayeron en aquel infierno que fueron las UMAP.

Prefacio

La Habana. Aunque no hay nada que denote en él malestar alguno, creo que a Fidel no le va a gustar lo que voy a decirle:

–Comandante, todo el encanto de la Revolución cubana, el reconocimiento, la solidaridad de una buena parte de la intelectualidad universal, los grandes logros del pueblo frente al bloqueo, en fin, todo, todo se fue al caño por causa de la persecución a homosexuales en Cuba.

Fidel no rehúye el tema. Ni niega ni rechaza la aseveración. Solo pide tiempo para recordar, dice, cómo y cuándo se desató el prejuicio en las filas revolucionarias.

Hace cinco décadas, y a causa de la homofobia, se marginó a los homosexuales en Cuba y a muchos se los envió a campos de trabajo militar-agrícola, acusándolos de «contrarrevolucionarios».

–Sí –recuerda–, fueron tiempos de una gran injusticia, ¡una gran injusticia! –repite enfático–, la haya hecho quien sea. Si la hicimos nosotros, nosotros... Estoy tratando de delimitar mi responsabilidad en todo eso porque, desde luego, personalmente, yo no tengo ese tipo de prejuicios.

Se sabe que entre sus mejores y más antiguos amigos hay homosexuales.

–Pero, entonces, ¿cómo se conformó ese odio al «diferente»?

Él piensa que todo se fue produciendo como una reacción espontánea en las filas revolucionarias, que venía de las tradiciones. En la Cuba anterior no solo se discriminaba a los negros: también se discriminaba a las mujeres y, desde luego, a los homosexuales...

–Sí, sí. Pero no en la Cuba de la «nueva» moral, de la que tan orgullosos estaban los revolucionarios de dentro y de fuera...

–¿Quién fue, por tanto, el responsable, directo o indirecto, de que no se pusiera un alto a lo que estaba sucediendo en la sociedad cubana? ¿El partido? Porque esta es la hora en que el Partido Comunista de Cuba no «explicita» en sus estatutos la prohibición a discriminar por orientación sexual.

–No –dice Fidel–. Si alguien es responsable, soy yo...

«Es cierto que en esos momentos no me podía ocupar de ese asunto... Me encontraba inmerso, principalmente, en la Crisis de Octubre, en la guerra, en las cuestiones políticas...».

–Pero esto se convirtió en un serio y grave problema político, comandante.

–Comprendo, comprendo... Nosotros no lo supimos valorar... Sabotajes sistemáticos, ataques armados, se sucedían todo el tiempo: teníamos tantos y tan terribles problemas, problemas de vida o muerte, ¿sabes?, que no le prestamos suficiente atención.

–Después de todo aquello, se hizo muy difícil la defensa de la Revolución en el exterior... La imagen se había deteriorado para siempre en algunos sectores, sobre todo de Europa.

–Comprendo, comprendo –repite–: Era justo...

–La persecución a homosexuales podía darse con menor o mayor protesta, en cualquier parte. No en la Cuba revolucionaria –le digo.

–Comprendo: es como cuando el santo peca, ¿verdad?... No es lo mismo que peque el pecador, ¿no?

Fragmento de la entrevista de Carmen Lira Saade a Fidel Castro: «El mundo mejor del futuro tiene que ser común para todos», publicada en el periódico *Granma* el miércoles, 1 de septiembre de 2010

Uno

Las moiras son la personificación del destino. En la mitología griega, se creía que todo ser humano tenía su moira, pero con el paso de los años, el concepto se volvió más abstracto y se convirtió en una divinidad femenina. Tres mujeres cuya función consistía en regular la vida de cada mortal, desde su nacimiento hasta su defunción, impidiendo que cualquier dios interviniese para evitar la muerte de un humano cuando esta era su destino. Hijas de Zeus y de Temis, diosa de la ley, la voluntad y la justicia divina, y hermanas de las horas. Hijas de la noche, pertenecientes a la primera generación divina.

Cada persona tiene su moira. El protagonista de esta historia también la tiene. Pero esto empieza mucho antes de eso. Antes de que Átropo comenzara a hilar la vida de nuestro hombre. Comienza con dos jóvenes enamorados viéndose a escondidas en la oscuridad. Con los labios apretados para que no se les saliera la risa, porque temían alertar a los que estaban en la casa. Él con sus veinte años y ella con catorce, estaban a punto de hacer algo que marcaría sus vidas para siempre, y a pesar de ello, no tenían miedo. En muchas ocasiones habían escuchado hablar de aquello, era algo común en la época. Semanas antes, habían planificado minuciosamente todos los pasos a seguir para lograr que la misión fuese un éxito. No podía haber fallos; de lo contrario, no tendrían otra

oportunidad, sus familias se distanciaron y se encargaron de hacerles la vida imposible. Y ellos no pensaban permitirlo.

Jesús y Matilde se conocían desde niños. Jugaban juntos, reían juntos, hasta comían juntos. Sus padres eran vecinos, aunque los separaba casi un kilómetro de sembradíos de cacao. Era muy importante en el campo que cada familia tuviese su espacio, porque no existe ley en la vida más importante que dejar que cada quien haga lo suyo en su territorio. Así, nadie se metía en la vida de nadie, y todos vivían felices con sus propias reglas. Sin embargo, esa ley no impedía que los chiquillos se encontraran para hacer de las suyas. A pesar de la distancia, las mujeres se las arreglaban para visitarse muy a menudo. Prácticamente todos sus hijos terminaban criándose juntos. Apenas aprendían a dar los primeros pasos, las madres los soltaban por el campo para que exploraran su pedacito de mundo, y surgían sus primeras cicatrices, los raspones de rodillas y las heridas que obligaban a las madres a caminar casi tres kilómetros, en busca del doctor que las cosiera en el portal de su casa, descamisado y aguantando el hilo con los dientes.

Luego, el puñado de niños crecía, y sin ningún tipo de pudor, comenzaban a explorarse entre ellos. Al principio todo parecía un juego, las niñas hacían de mamá y los niños de papá, pero con el paso de los años, el juego se convertía en pura excusa, porque en el fondo buscaban responder todas esas preguntas indiscretas, que ni las madres ni los padres solían responder.

Apenas cumplían los diez años, a las niñas las madres les aconsejaban: «Si te dejas tocar las teticas, te dejas tocar la totica». Mientras que los varones, firmes al patriarcado que siempre se vivió en el campo, estrenaban sus miembros viriles destrozando platanales, gallinas, chivas

y llenándose las manos de callos. Pero nunca faltaban los espectáculos nocturnos de *amá* y *apá*. Los que, nueve meses después, traían un nuevo hermano. Y como el cuento de la semillita no duraba para siempre, los chiquillos terminaban rompiendo las reglas.

La madrugada en la que Jesús y Matilde se escaparon juntos, sentían tanto amor entre ellos que no eran capaces de imaginarse una vida sin el otro. Él se acercó, silencioso, a la ventana y le silbó, y ella, al oírlo, apartó la cortina de su cuarto y saltó al exterior. Escudriñó rápidamente la casa, temiendo que el ruido de la caída pudiera despertar a alguien, y fue cuando se percató de que una de sus hermanas la había visto. La pequeña tenía tres años y se estrujó los ojos como quien no se creía lo que veía, pero con el mismo ímpetu, se dejó caer en la cama, vencida por el sueño. A Matilde el hecho de que su hermanita la delatara no le importó; al fin y al cabo, a la mañana siguiente todos se darían cuenta de su ausencia.

Se echaron a correr atravesando el camino de la Macagua, con más miedo que alegría; y ya en la orilla del río, sin que les interesara el frío que había, ni las viejas supersticiones que advertían de exponer el cuerpo desnudo a la luna llena, se amaron sin tabúes. La operación había sido todo un éxito. Jesús se había encargado de construir una casita con tablas de palma y techo de guano. Junto a Lazarito, su mejor amigo y compinche, tardaron sesenta días en terminarla y ya era lo suficientemente grande como para albergar a la pareja. Eso sí, para aliviar la panza tendrían que ir obligatoriamente a la casa de los padres de Jesús, pero mientras tanto, había bastante monte para eso. Finalmente, vivirían solos.

Muchas parejas ya se habían escapado de sus casas para iniciar una vida juntos, y como era normal, todos sufrían un tiempo: sus padres dejaban de hablarles, los

consideraban una vergüenza para la familia; pero terminaban aceptándolos. Era cuestión de tiempo. «¿Quién dijo que había que esperar al matrimonio? ¡Estamos en pleno siglo xx, por Dios!». Y así sucedió.

La rutina los abrazó rápidamente. Jesús sembraba con su padre, y Matilde servía de ama de casa. A los pocos meses, comenzó a atormentar a su esposo con sus repentinos antojos y cambios de humor. Se pasaba el día en la cocina haciendo flanes, dulces de coco y pan de boniato, mientras lloraba –o reía, según estuviera el tiempo–, para luego terminar vomitándolo todo. Sus caderas, cada vez más anchas, y sus pechos, que crecían por minuto, delataron que la guajirita estaba encinta. Cuarenta semanas y dos días después, el amor daba su primer fruto. Un hilo perdido que la primera de las moiras comenzó a tejer y que llegó a este mundo en Guantánamo, en noviembre de 1942: Rivero.

Era delgado y vivaracho, como su padre. Siempre con unos mocos a punto de salirse de la nariz, que se pasaba limpiándose todo el santo día con las manos. En la mañana, esperaba ansioso su biberón de leche y luego se iba a cazar arañas con un hilo, cangrejos con una piedra y un trocito de carne, y a destruir nidos de hormigas; hasta que Matilde se cansaba de vociferar su nombre y salía con una ramita de árbol de Júpiter a buscarlo.

–¡Muchacho del diablo! ¡Deja que te coja, carajo!

En esas ocasiones, que pocas no eran, Rivero siempre regresaba a la casa con las canillas rojas y llorando sin consuelo. Día tras día, como una noria imparable, se repetía la historia. Hasta un día. El día en que, como marcaba el destino, el amor entre Jesús y Matilde se acabó. Quizás ya se había terminado antes, pero los estimulaba la rutina, la burbuja de comodidad que se construye

cuando pasamos la mayor parte del tiempo con una persona y, hasta cierto punto, dependemos de ella. Esa burbuja reventó cuando, impulsada por los deseos de libertad femenina, Matilde había decidido cargar con su hijo e irse a vivir con su abuela a Santiago de Cuba, para estudiar algo y ganarse su propio dinero. A sus veintidós años de edad, la guajirita deseaba ser alguien en este mundo, y dedicarse a algo más que a criar animales de corral, ser esclava de su propia casa y destruir sus pulmones tras un fogón de leña.

—¡Pero tú estás loca, mujer! ¡Qué estudiar ni estudiar! ¡Quién te dijo que tienes cabeza *pa'* andar estudiando! Las mujeres están *pa'* hacer las cosas de la casa y atender a sus maridos —le había dicho Jesús, claramente en contra de la decisión.

Pero nada pudo hacer cuando el carácter terco y orgulloso de Matilde se puso de por medio. En consecuencia, Rivero (con seis años recién cumplidos) y su madre partieron a Santiago.

Se fueron una mañana de diciembre. Matilde cargaba seis trapos en su maleta: tres eran suyos y tres de Rivero, que casi siempre estaba en ropa interior. No se marchó, por supuesto, sin la bendición de su madre.

—*Amá*, deme su bendición —le había pedido semanas antes— *pa'* que el Señor me acompañe. Y no se me preocupe, que toditos los años recojo mis tres trapos y me vengo *pa'* acá una semanita, a hacerle compañía y ver al viejo.

La madre no pudo negarse. Pero, incitada por una fe religiosa que la había acompañado desde pequeña, hizo que bautizaran a Rivero en la Iglesia católica antes de marcharse. Y así, el muchacho dio sus primeros pasos en el cristianismo. Una fe tan pura que lo acompañaría en los momentos más difíciles de su vida.

La gran ciudad los recibió dormida en su totalidad. La casita, ubicada en la calle Santa Úrsula, era más larga que ancha, y estaba muy cerca del centro de Santiago. El ruido de los coches que transitaban por la calle venía incluido en la propiedad de la vivienda. La abuela les ofreció un cuarto con todo lo que una persona decente podía imaginar. Muchos años antes, se había comprometido con un guajiro que cultivaba unas pocas caballerías de cacao en Guantánamo. Allí había nacido la madre de Matilde, y allí se había enamorado de su padre. Después de la muerte de su esposo, la abuela de Matilde vendió parte de los bienes que heredó y se compró la casita de Santa Úrsula en Santiago, según ella, para respirar nuevos aires. Sin embargo, ya entrada en la tercera edad, precisó de compañía, y por eso convenció a su nieta de irse a vivir con ella, con la promesa de convertirla en una mujer independiente.

A su llegada, Matilde asistió cada sábado a un curso de costura que ofrecían en una empresa textil. El trabajo estaba asegurado, pues una vez que terminara el curso, se incorporaría a la fábrica. Las jornadas restantes, Matilde le daba con todo al lápiz y al papel para poder sacarse, aunque sea, los estudios previos al bachiller. En aquellos tiempos, las escuelas no estaban a disposición de todos, pero como hablando se entiende la gente, la abuela se encargó de hacer que Matilde fuera a la escuela de adultos y que Rivero se matriculara en el Colegio Hermanos La Salle de Santiago. La madre iba a la escuela, cuidaba de su hijo y ayudaba con los quehaceres del hogar, y Rivero, además de las clásicas letras y números, estudiaba la Biblia y los valores del catolicismo.

Jamás faltaba a una misa el día del Señor. La primera vez que asistió a una, lo hizo acompañado de su madre y de su bisabuela, vestido de camisa blanca bien almidonada

y corbata escarlata. Rivero siempre lo recordaría. La catedral basílica de Santiago de Cuba los recibía, con esa arquitectura del siglo XVI que conservaba de cuando era una pequeña ermita rudimentaria dedicada a santa Catalina, construida de guano y madera desde la fundación de la villa Santiago de Cuba, en 1515, hasta que, ocho años después, en 1522, fue declarada catedral por el papa Adriano VI. Rivero quedaba anonadado cuando veía las dos gigantescas esculturas de mármol que custodiaban la catedral: una era del padre De las Casas, y la otra de Cristóbal Colón. Luego, la familia se situaba en la sillería labrada a mano, todos de pie, y esperaban la llegada del sacerdote mientras entonaban el canto de entrada.

—El canto de entrada une a todos los cristianos, porque a misa vamos personas de diferentes culturas, edades y lugares; y cantamos a una voz, como una familia, la de Dios en la tierra —le había dicho el sacerdote al niño, un día en el que, por curiosidad, le preguntó por qué en misa se cantaba tanto.

Esa primera vez, Rivero no le quitó ojo al clérigo cuando hizo entrada en la asamblea y besó el altar. Hizo la señal de la cruz, imitando a todos los presentes. Cuando llegó la liturgia de la Palabra, escuchó, atento, el canto del aleluya, hechizado por la fe del rebaño.

Aleluya, gloria, aleluya.
Cantad alegres, alegres a Dios,
habitantes de toda la tierra, servid
a Dios con alegría, venid a su
presencia con júbilo.

...

Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Al final de la misa, el sacerdote dio su bendición y disolvió la asamblea, para que cada uno volviera a sus quehaceres alabando y bendiciendo al Señor.

–Podéis ir en paz. –Fueron sus últimas palabras.

Así transcurrió la infancia de Rivero, entre cantos, misas y libros. Su adolescencia fue igual. Creció jaranero y portento. Terminó sus estudios secundarios con buenos resultados, rodeado de un aura no tanto de conocimiento, sino de muchas ganas de saber. Descubrió, en la escuela, un amor inefable por los números. Le gustaba contar, calcular, jugar con ellos. Tenía muy claro que deseaba estudiar economía y para lograrlo, tenía que graduarse de bachiller. Fue en 1958 cuando quiso matricularse en un bachillerato ubicado en Altamira, relativamente cerca de su casa. Matilde lo acompañó, convencida de que iba a ser un trámite común, pero no tuvo suerte, porque desde hacía varias semanas habían clausurado todas las escuelas hasta nuevo aviso. La razón tenía nombre: Fidel Castro.